

*Un jardín de placeres terrenales*  
Joyce Carol Oates



Nacida en el seno de una familia humilde que tuvo que emigrar durante la Gran Depresión, desde niña Clara es testigo de cómo unas condiciones de vida miserables acaban con la salud de los suyos, que mueren en el intento por abrirse paso en el sueño americano. Esta experiencia la lleva a levantar un muro entre ella y el mundo. Pero para realizar sus sueños tiene que aprender de los demás, y a eso se enfrenta cuando conoce a Lowry, un hombre que le enseña a perder el miedo. Tras el nacimiento de su hijo, Clara deberá elegir entre Revere, un hombre restrictivo, y Lowry. La inseguridad y los temores atávicos la conducen a buscar a través de su hijo todo lo que a ella le fue negado.

Para mi marido, Raymond

# I Carleton

# 1

*Arkansas.* Aquel día, hace muchos años, un ruidoso camión marca Ford, que llevaba a veintinueve jornaleros y a sus hijos, impactó lateralmente contra un camión local que transportaba cerdos a Little Rock en una carretera comarcal, resbaladiza por la lluvia. Era un día verde reluciente de finales de mayo, el camión marca Ford terminó volcando en una cuneta de un metro de profundidad, y bajo la brumosa lluvia todo el mundo daba vueltas sobre la carretera entre cristales rotos, el hedor familiar de la gasolina y el vertido de excrementos de cerdo. Sin embargo, entre aquellos que no habían resultado heridos, predominaba un ambiente jocoso.

Carleton Walpole lo recordaría siempre: el derrape en el asfalto mojado, el ruido de los frenos como el alarido de una gallina de Guinea, la sensación de mareo por la ingravidez antes del impacto. Los gritos aterrorizados de niños y mujeres seguidos de los gritos de enfado de los hombres. En el momento en que el camión volcó en la cuneta la mayoría de los jornaleros más jóvenes y ágiles dieron un salto limpio, mientras que los mayores, los más lentos, la mayoría de las mujeres y niños más pequeños forcejearon con la lona del camión y tuvieron que gatear sobre sus manos y rodillas, como bestias, al arcén deslizante de arcilla roja. Otro maldito «accidente»: no era el primero desde que se había marchado del condado de Breathitt, Kentucky, hacía unas pocas semanas, pero tampoco era el peor de todos. Nadie parecía estar gravemente herido, sangrando o inconsciente.

—¿Pearl? ¿Dónde demonios estás? —Carleton había sido uno de los primeros en saltar del camión, pero le preocupaba su mujer; estaba embarazada de su tercer hijo, y el bebé nacería pronto.

—¡Pearl! ¡Pearl! —gritó Carleton. Su corazón latía como si fuese algo extraño atrapado en su pecho. Él estaba enfadado, alterado. Siempre se siente ese pequeño y cruel estremecimiento de alivio, *tú no estás herido...* Aunque una vez, Carleton sí había resultado herido, su nariz se rompió en un accidente similar la primera temporada que salió a buscarse la vida y el conductor, que también era el capataz, se la colocó con los dedos. «Ves, cuando se te rompen las narices se te curan solas. Las narices no son *güesos*, son cartílagos. Si no te la pones en su sitio se quedará *pa dentro*, como la nariz de los boxeadores.» Carleton se había reído al ver su nueva nariz, que se había quedado ligeramente hundida a la altura del caballete, pero de una manera que le daba más personalidad a su cara, pensó, como si fuese algo esculpido; de la otra forma, se parecía a todo el mundo, como la mitad de los hombres de Walpole, de caras flacas y estrechas, con el pelo lacio y brillante, y mentones con barba de tres días y ojos entrecerrados azul desteñido que parecen siempre reflejar el cielo. Cuando Carleton movía rápida y bruscamente la cara, parecía afilada como una navaja, pero también podía moverla con suavidad; había heredado la gracia de alguien —aunque en él se apreciaba una opaca resistencia, como un hombre que se mueve con dificultad contra una corriente de agua—. Y es que a Carleton Walpole le importaba un bledo su aspecto. Tenía treinta años, ya no era un niño. Y responsabilidades. Con su nueva nariz la gente bromeaba sobre que el aspecto de Carleton había mejorado, ahora tenía aires arrogantes, como su héroe Jack Dempsey.

Esta vez, Carleton no había resultado para nada herido. Una pequeña sacudida que le enfadó hasta hervirle la sangre, su dignidad por los suelos, como un gallo que ha sido

pisoteado. Había estado junto a otros hombres en la parte trasera del camión, agachados, masticando tabaco y escupiéndolo al asfalto de la carretera que se extendía tras ellos como una lengua llena de mugre. «¿Hacia dónde iban?» Texarkana. Eso era solo una palabra, un sonido. Un lugar en un mapa que Carleton quizá conociese, pero que sería incapaz de recordar. Cuántos días exactos habían estado de viaje, no podía recordarlo, cuántas semanas quedaban por delante, tendría que preguntarlo. (A Pearl no. Aunque se había acostumbrado a seguir la pista de muchos de los detalles, ahora estaba pasando las cosas por alto, igual de mal que las otras mujeres.) Bueno, sabía que había papeleo —en alguna parte—. Un contrato.

Carleton no iba a pensar en eso, ahora no. Era suficiente con consolarse a sí mismo: «Tengo un contrato, no me pueden engañar», porque hubo una temporada en la que él no había tenido un contrato y le habían engañado. Era suficiente con pensar que tenía una cuenta de ahorros, porque era la verdad. Apartado y diferente del lamentable grupo de cretinos de este camión, Carleton estaba seguro de que era el único con una libreta de ahorros emitida por el Primer Banco de Ahorros y Préstamos de Breathitt, Kentucky. No es que Carleton necesitase contarlos, para nada. Él no era un hombre que necesitase alardear, ninguno de los Walpoles lo era. Pero el hecho estaba ahí, como un riachuelo subterráneo.

Estaban esperando a que llegasen las fuerzas de seguridad locales, con una grúa para sacar el camión de la cuneta, maldita sea. Todo el mundo estaba nervioso, hablaban dando gritos. ¿Dónde demonios estaba Pearl? Carleton ayudaba a unas mujeres a salir y trepar por el camión. Una mujer que parecía más joven, casi una niña, le pasó a su bebé de dos años; entre risitas y un gruñido subió a la niña sobre el costado como si pesase menos que un gato. Tenía los brazos fibrosos y duros; sus hombros eran estrechos, pero fuertes; su espalda y su cuello estaban empezando a

molestarle de ir encorvado siempre, pero no iba a empezar a quejarse y lamentarse como un anciano. «Oye, *papa*». Ahí estaban los hijos de Carleton, magullados, pero a salvo. Sharleen, que daba empujoncitos y se reía. Mike, de solo tres años, estaba berreando como siempre, pero no parecía herido; no tenía sangre en la cara. Carleton le levantó y el niño dio patadas en volandas, hasta que lo dejó fuera de peligro con unas mujeres que podían cuidar de él. Había un fuerte olor a whisky, mezclado con el olor a gasolina y boñigas de cerdo y lodo. Era como si te pudieses emborrachar con tan solo respirar, sintiendo latir fuerte tu corazón. Carleton se tocó la cara. Joder, sí sangraba, algo sí. ¿Era suya? Se agachó en la cuneta para lavarse las manos y humedecerse el rostro. Quizá se había roto el labio inferior. Puede que se lo hubiera mordido. Seguro que era eso lo que le había pasado, cuando los frenos empezaron a chirriar y el camión estaba a punto de derrapar, esos segundos en los que no sabes qué demonios va a pasar después.

Y ahí adelante, el conductor del viejo Ford con matrícula de Kentucky gritaba al conductor del camión de cerdos, con matrícula de Arkansas. Carleton se rio al ver que los dos hombres tenían una tripa muy gorda. Su conductor tenía un corte en el ojo. Carleton comprobó que no hubiese nadie muerto en la parte delantera, tirado en la carretera bajo la lluvia, a veces se veían fotos como esa en los periódicos, y él había visto una de un hombre negro tendido boca arriba en algún lugar de Misisipi, y unos hombres blancos que revoloteaban alrededor del cuerpo reían y saludaban a la cámara, y eso te ponía enfermo aunque te emocionaba a la vez, pero el hermano pequeño del conductor, un capullo sabelotodo, que viajaba en la parte delantera succionando Colas como un bebé toma pecho, caminaba ileso y Carleton se sintió decepcionado. Este chico empezó a decirle a Carleton, como si este fuera a acusarle: «No ha sido nuestra culpa. La culpa es de ese hijo de puta. Pilló la curva por la mitad de la jodida carretera. Pregúntale a



Franklin, ve y pregúntaselo, no me mires a mí, no es para nada culpa nuestra». Carleton empujó al chico a un lado. Él era más alto que ese chico, y más alto que el gordo de Franklin, y cuanto menos simpático era con ellos, más respeto le mostraban, incluso le tenían miedo pues parecían ver algo en la cara de Carleton Walpole. El otro conductor insultaba a Franklin. Era un hombre gordo y bajo, calvo, con ojos sebosos, y hablaba de manera graciosa, como si tuviera papilla en la boca. La cabina del camión se hizo pedazos por dentro, pero la parte trasera parecía estar intacta. Qué mala suerte, los cerdos no se habían escapado, pensó Carleton. Ni uno solo se había escapado. Ya ves, sí que le hubiera gustado verlo, cerdos amontonados fuera del camión destrozado, cayendo con brusquedad sobre sus aparentemente delicadas pezuñas (que de hecho no eran delicadas, eran fuertes y peligrosas, como son las pezuñas de los caballos) y gritando escandalosa, enloquecidamente, como hace un cerdo cuando corre campo a través. Y algunos de estos cerdos pesaban doscientas libras, lo que era una cantidad de cerdo considerable. Carleton sonreía al pensar cómo hubiera sido, imaginaba que los cerdos se escapaban, chillando, sin ser llevados al matadero donde aguardaban a estas pobres bestias. El conductor de los cerdos maldecía sin parar, se quejaba y medio sollozaba, mientras se sujetaba la tripa con los codos como hace una mujer embarazada. El conductor estaba solo con su camión: los demás podían ponerse en su contra, y él lo sabía, sentía la emoción de la espera, pero podía estar equivocado, estaban en Arkansas y no en Kentucky y las fuerzas de seguridad locales eran de Arkansas, eso es algo que tenías que saber, tenías que contar con esa posibilidad. No serviría de nada, como una cerilla que no se prende y que cae apagada en la paja.

Carleton miró con satisfacción, el motor del camión que transportaba los cerdos humeaba debajo de la capota destrozada, el guardabarros estaba retorcido contra el neumá-

tico, se necesitaría un sacacorchos para desenroscarlo. Ahora bien, cómo de mal parado había quedado el camión de ellos nadie podía saberlo, puesto que estaba dado la vuelta, como un escarabajo aturdido, en la cuneta.

La última vez que tuvieron un incidente como este, también había estado lloviendo: fue en las afueras de Owensboro, en Kentucky. Siempre que había un accidente o un problema en el motor todo el mundo se indignaba, se enfadaba y amenazaba con claudicar, pero se olvidaban a las pocas horas. Era difícil recordar nada al día siguiente. Y en cuanto te ponías en marcha, después de pocas horas te olvidabas de lo que había sucedido, de lo que habías dejado atrás en algún otro condado, Estado, o tiempo. Franklin prometía comprarse un camión nuevo, si eran capaces de llegar a Texarkana conseguiría que le mandaran un giro con el dinero; lo decía en voz alta, y sonaba decidido y más convincente que la última vez que hizo la misma promesa, y Carleton sacudió la cabeza. Joder, tenías que creerle aunque supieses que era mentira.

Había un proverbio que decía: «Cuanto más contratiempos tengas, menos te deparará el futuro».

Como el proverbio que se le atribuía a Jack Dempsey: «Cuantos más puñetazos recibas, más cerca estás del final. Porque un hombre tiene un número máximo de puñetazos que puede recibir en su vida».

«¿Papa?, te llama *mama*».

Era Sharleen, que tiraba de su brazo. Carleton se fue con ella a la parte trasera del camión, estaba preocupado. ¿Qué era de Pearl? Pero ahí estaba ella, a un lado de la carretera, agachada sobre las caderas; parecía algo a punto de florecer, incluso con su barriga de sandía. Una mujer mayor amiga suya la sujetaba del brazo. Las dos mujeres tenían las caras erguidas, fijas en él. Carleton se armó de valor para recibir cualquier reproche. Maldita sea, no iban a echarle la culpa por todo esto, ¿o sí? ¿Por esto y por cualquier maldita cosa? «Nunca quise casarme contigo. Con na-

die. Nunca quise ser el padre de nadie, ¿cómo coño he podido llegar a esta situación?»

—Cariño, ¿estás bien? Pensé, te he visto, que estabas bien —Carleton no quería mostrar preocupación por su esposa delante de las otras mujeres, que le miraban con la boca abierta.

—Como si a ti te importase lo más mínimo.

Pearl hablaba huraña. Su bonita cara con forma de luna estaba pálida, bueno, sería bonita de no ser por ese aspecto de bulldog que Carleton odiaba tanto. Cuando no estaba delante de ella, Carleton podía recordar lo bella que había sido, y no hacía tanto tiempo de eso. Cuando estaba embarazada de Sharleen, con su piel rosada como un melocotón. Y ella había sido cariñosa con él, incluso cuando su barriga empezaba a crecer. No como ahora.

Pearl era tres años más joven que Carleton. Se casaron cuando ella tenía quince años y Carleton dieciocho. Ella se había mostrado siempre tímida, vergonzosa, y se estremecía de amor si él la tocaba, o si rozaba su piel con su barba de tres días. Él también había estado loco por ella, creía recordar. Quienquiera que hubiera sido él entonces.

Era raro que Carleton no se hubiese dado cuenta del cambio paulatino de Pearl. Una mujer embarazada, con su barriga hinchada. Un poco más y necesitas una carretilla para transportarla cuando llega el octavo y noveno mes. Cómo soportarían sus piernas ese peso. Carleton estaba bloqueado. Le ponía enfermo y se sentía débil, incapaz de pensar. Donde antes estaba Pearl Brody, una jovencita de pecho y culo firmes con quien le había gustado revolcarse, ambos chillando y jadeando, ahora estaba esta mujer huraña con la cara cetrina, el pelo que nunca se lavaba, sus sobacos añejos y avinagrados, su cuerpo blando, como una sandía podrida, y una boca lista para ensartar burlas.

—Como si a ti te importase lo más mínimo —así era Pearl, decía las cosas dos veces, poniendo más énfasis la segunda vez, por si no lo habías entendido a la primera.

Trataba de dejarle como si fuese un estúpido delante de los demás.

Antes de que Carleton pudiera mascullar y pedir perdón, o todavía mejor, decirle a Pearl que cerrase la boca, ahí estaba ella dando empujones, abriéndose paso. «Cabrón, solo te llevas nuestro dinero, te importa una mierda si nos matan.» Iba decidida a gritar a Franklin, sus ojos estaban húmedos y brillaban como la gasolina, echaban fuego. «Vosotros deberíais hacer algo, ¿qué demonios os pasa? Lo único que hacéis es beber, emborracharos.»

«¿Emborracharse?», Carleton no había tomado un trago ese día.

Pearl tenía la cabeza más pequeña que Carleton y su cuerpo pequeño se hinchaba tanto que parecía duplicar su tamaño, pero maldita sea, sí debía caminar rápido para seguirle el ritmo. ¡Maldita sea!, Carleton se avergonzaba de ella, de su joven esposa, que estaba armando semejante escándalo en público. Últimamente Pearl montaba en cólera a la mínima provocación. Sharleen, que tenía cinco años, a veces tenía que suplicarle: «¿Mama? Mama no.» Pearl llevaba puesto un peto amorfo, se lo había dado alguna amiga gorda, y por arriba un blusón rosa de algodón con dibujos de flamencos que hubiese sido bonito si no hubiese sido porque estaba sucio y porque además llevaba las zapa-tillas raídas. Estaba furiosa, encendida de ira. Se soltó de la mano de Carleton, que estaba a su izquierda y de la de Mike, que estaba a su derecha gimoteando y lloriqueando. «¡Vosotros, me importáis una mierda! ¡Llamaos hombres! ¡Cobardes!» Pearl se abalanzó hacia un grupo de mirones, se tiró encima de Franklin, le agarró del brazo y le gritó con una voz alta y temblorosa: «¿Por qué demonios no miras por dónde vas? ¿Quién te ha dado el carné de conducir? Deja que conduzca mi marido y págale, es mejor que tú. Carleton Walpole es mejor conductor que tú. Y además nos engañas. ¿Qué pasa con mi bebé? ¿Dónde voy a tener a mi bebé?». Franklin intentó mitigar la indignación de esta mu-

jer, y se percibía que él le tenía miedo, y la sangre que goteaba del corte de su ceja le hacía parecer más asustado; el hermano pequeño de Franklin trató de intervenir, y Pearl les apartó las manos con cara de desprecio y se giró al hombre de Arkansas, el conductor de cerdos, que la miraba de pie en medio de la carretera abarrotada de cristales desparrramados. «¡Tú! ¡Nos has dado a propósito! ¡Intentabas matarnos! ¡Voy a hacer que te arresten! ¿Qué pasa con mi bebé? Mira aquí, cabrón.» Ahora Pearl miraba suplicante, mientras se levantaba el blusón rosa para mostrarle su tripa de embarazada: «¿Qué pasa con esto? ¿Piensas que lo hice yo sola a propósito? ¿Que no fue un hombre acaso? ¿Que no es culpa de uno de vosotros? Que os jodan, y encima me miráis así, pensando que tenéis derecho a matarnos como a alimañas».

Se sumaron otras mujeres. La amiga gorda de Pearl puso su brazo alrededor de los hombros de esta para protegerla, y gritó a Franklin y a su hermano. Cuando las mujeres empiezan a gritar de ese modo, no hay nada que hacer más que retirarse, intercambiar miradas cómplices con los otros hombres, sonreír, intentar que no se te escape una carcajada. Porque eso solo las enciende más todavía. Cualquier demostración pública de furia femenina era emocionante, y a la vez daba miedo: era cómico pero también había que admirarlo. Un hombre que monta en cólera de esa manera sería vergonzoso, pero en una mujer como Pearl, más o menos guapa, con sus grandes ojos azules como una muñeca asustada, sacudiendo sus manos así, te parecía diferente. Aun así a Carleton le molestó, le habían llamado cobarde, aunque él estaba seguro de que no era un maldito cobarde, y Pearl se arrepentiría de su acusación más tarde, cuando estuvieran a solas. Por ahora, Carleton no iba a intervenir. Pearl iba perdiendo fuerza y tranquilizándose, pero otra pegó un grito, más alto. Más alto y desagradable. La gente empezaba a animarse. Carleton notó el olor a whisky, recién abierto, en el ambiente. Y ahí estaba su hija

pequeña dándole codazos en la rodilla «Papa, papa, mira». Sharleen estaba orgullosa de un chichón que tenía en la frente, era del tamaño del fruto de un manzano silvestre. Le cogió los dedos manchados a su padre para que lo tocara, y Carleton bromeó: «¿Sabes lo que es esto, cariño? El cuerno de un macho cabrío que está saliendo». Sharleen soltó unas risitas: «No es eso». Otra niña pequeña, amiga de Sharleen, le tocó el chichón y le enseñó un sarpullido que le había salido en el cuello, era como los que tenía Carleton en su propio cuello, y en los costados, malignos como una hiedra venenosa, pero causados por unos insectos o quizá por pesticidas, y que picaban como el demonio. «No se te ocurra tocar eso», Carleton regañó a Sharleen, pero ella no le hizo caso y salió corriendo con sus amigos chillando tanto como los cerdos. Demasiados niños en el camión, los suyos y los de otros, y lo más increíble era que a veces a uno le costaba una barbaridad distinguirlos. Sobre todo los más pequeños, como el pequeño Mike, que moqueaba y lloriqueaba por su *mamita* todo el tiempo.

«No había querido ser el papá de nadie, ¿cómo coño ha podido pasar esto?»

No era verdad, por supuesto que no. Carleton Walpole estaba loco por sus hijos y su mujer. Si lo piensas en serio, lo único que realmente tiene un hombre es su familia.

Carleton escupió. Su boca estaba seca del tabaco que había estado masticando. ¡Joder, estaba aburrido!

Caminó y se echó lentamente a un lado de la carretera, donde unos hombres se pasaban una petaca con una bebida casera. Ellos contaron con él, y él les dio las gracias. A estos hombres les caía bien Carleton Walpole, y ellos a él. La mayoría era de su edad. Ellos también eran padres jóvenes. Tenían su misma cara, joven pero avejentada, sus brazos fibrosos y la piel clara que se quemaba más que broncearse, y su mala dentadura, con los dientes torcidos y verdosos como el musgo. También eran de risa fácil y su modo de mirar hacia arriba era esperanzador, con los ojos entre-

cerrados, para ver qué venía después. Algunos de estos hombres, Red, por ejemplo, de Cumberland, estaban solos en el camión, habían dejado a sus familias en casa. Como Carleton, Red trabajaba para saldar deudas. No es que Carleton no tuviese dinero ahorrado, además su madre se lo había dicho, ten siempre unos pocos dólares en el banco, pase lo que pase. Y Carleton tenía cuarenta y tres dólares que Pearl desconocía, y que desconocería siempre, aunque quizá cuando volviesen a casa le compraría un regalito, para ella y para su recién nacido, para sorprenderla, como hacía a veces. Red contaba que mandaba dinero a casa para su familia, y que les echaba de menos. Una vez que habían estado bebiendo juntos, Red le había confesado a Carleton que debía 1.115 dólares a un banco en Cumberland, y Carleton se mordió el labio sin saber qué decir, él tenía una deuda de solo unos 800 dólares y pico, no es que estuviese orgulloso pero bueno, no eran 1.100; esa cantidad te hace resignarte. Por supuesto, el problema es que, y Red y Carleton tenían que reírse, no puedes saldar una deuda de más de unos pocos dólares puesto que tienes que comer, y tu familia tiene que comer, ahora mismo. Así que Carleton y Red se entendían como hermanos. Mejor que como se llevaba Carleton con sus propios hermanos, de hecho. Pero como hermanos eran muy cuidadosos en no meterse donde nadie les llamaba. Red respetaba a Carleton, que parecía y se comportaba como si fuese mayor. Fueron necesarias un par de semanas de tanteo antes de que descubriesen la «realidad» el uno del otro. La manera en la que pronunciaban sus «aes» e «ies», la forma en la que arrastraban las palabras en una sílaba más, era herencia de sus padres—Walpole y Pickering—, ambos del norte de Inglaterra, la campiña cerca de Newcastle, pero hacía mucho de eso, ninguno podía asegurar cuánto. Y la familia de Pearl, los Brody, eran de Wigtownshire, eso estaba en Escocia. Carleton no conocía esos lugares, o mejor dicho, le daban igual.